



EDITORIAL

Lucrecia Rubio Medina
Guillermo Nagano Rojas

PARA QUIENES REALIZAMOS el presente número de *Diseño en Síntesis* ha sido un gusto, pero también un gran compromiso, convocar a esta gran diversidad de voces comprometidas con el tema del Paisaje. Las múltiples visiones implicadas seguramente invitarán a la reflexión, la controversia, la crítica y tal vez —esperamos— al disfrute del contenido, tal y como también solemos disfrutar del paisaje que naturalmente día con día ante nuestros ojos se despliega.

El objetivo, por supuesto, es que el amable lector pueda acercarse a los conceptos de investigadores y estudiosos del Paisaje, inclusive desde la complejidad inherente al concepto y a su definición, debido a que son muchas las disciplinas científicas que se ocupan de su estudio: desde las artes, en el seno de las cuales generalmente se asume que nació el término, hasta la ingeniería, pasando por la filosofía, la arquitectura, la geografía, la biología, e inevitablemente desde el contemporáneo concepto de sustentabilidad. Así, siguiendo a Zubelzu y Allende (2015), concordaremos en que:

prácticamente la totalidad de las disciplinas mencionadas han desarrollado al menos una definición propia del paisaje, nacida desde las técnicas y los principios en los que se sustentan. Sin embargo, desde un plano que excede la perspectiva parcial de cada campo, parece existir un acuerdo en torno a dos conceptos. El primero de ellos utiliza la percepción como un vehículo mediante el cual una realidad física se hace paisaje; siendo dicha realidad la segunda noción que suscita el acuerdo.

En una perspectiva particular se puede considerar que coexisten dos elementos: el representado por un sujeto observador y el *sujeto observado*, este último revelado y apropiado por el observador como producto de una experiencia única e irrepetible. Podemos decir entonces que ante un mismo paisaje ningún observador tendrá la misma percepción. El paisaje, en este sentido, presenta diversas aristas que provocan desde la contemplación hasta los más diversos y acalorados debates, los cuales están presentes lo mismo en la visión de las instituciones que se han conformado para su estudio, que en los múltiples enfoques de los estudiosos del tema, quienes no han logrado siquiera un acuerdo en cuanto a su definición o bien han particularizado muy especialmente alguna, de acuerdo con sus (personales o institucionales) intereses, intenciones, fines o experiencias.

A nivel popular y cotidiano, la palabra paisaje se usa para describir todo aquello que forma un conjunto de elementos visibles sobre el horizonte. De la misma manera, se relaciona la noción de paisaje con la presencia de elementos naturales, si bien, precisando, el paisaje puede remitirnos a la imagen de un contexto urbano o rural o de otros entornos en los cuales no prevalece primordialmente la naturaleza. De esta manera, el paisaje es, más allá de su imagen, el *medio* en el que suelen desarrollarse infinitos fenómenos que influyen y modelan visiones particulares, algunas de las cuales se plasman en el presente número de *Diseño en Síntesis*.

LAS INFLUENCIAS

En 2015, Mario Shjetnan fue el primer arquitecto latinoamericano en ganar el Sir Geoffrey Jellicoe Award, que concede la Federación Internacional de Arquitectos Paisajistas (IFLA por sus siglas en inglés), premio considerado el más alto honor que concede esta institución y que se otorga anualmente al profesional vivo cuyos logros de trabajo y académicos hayan impactado en el bienestar de la sociedad y el medio ambiente desde la arquitectura de paisaje. En 2016, el premio correspondió al arquitecto paisajista alemán Peter Latz, cuyo diseño del parque Duisburg Nord (1991), aprovechando una instalación industrial (tal y como, por cierto, se hiciera con el Parque Fundidora de Monterrey), le valió el reconocimiento mundial. Al respecto, quizá convenga recordar que Sir Geoffrey Jellicoe fue miembro fundador del Instituto de Arquitectos Paisajistas y más tarde presidente vitalicio (honorario) de la IFLA.

Tal vez no debiera extrañar el otorgamiento de este tipo de reconocimientos a los arquitectos paisajistas de América, pues de alguna forma la fuerza del paisaje natural debe estar imbuida en sus proyectos, junto con las influencias, sobre todo europeas, que hubiesen recibido en su formación o en sus viajes. Así, a lo largo y ancho de nuestros países es posible encontrar referencias de André Le Notre, Pierre Charles L'Enfant, Frederick Law Olmsted o Ferdinand Bac; lo mismo que influencias de arquitectura árabe, inglesa o italiana. Ello sin olvidar que las culturas orientales (China y Japón, principalmente) tuvieron alguna influencia en los paisajes mexicanos en la

época colonial, dado el comercio entre Asia y la Nueva España a través de la Nao de China, aunque, en relación con ello, es muy poco lo que se sabe.

En cuanto a la interacción del ser humano con la naturaleza, es posible distinguir en un mismo entorno paisajes que fueron producto del paso del hombre; se advierten así las huellas de las culturas que estuvieron presentes y que en un proceso de transformación generaron nuevos entornos. Indudablemente el paisajismo prehispánico (maya o azteca) fue una poderosa influencia que al fusionarse con la arquitectura colonial dio lugar a los paisajes de las ciudades mexicanas de los siglos XVI al XIX. Ya en el siglo XX, Luis Barragán dará un toque inequívocamente local a los jardines en México, así como Roberto Burle Marx lo hizo en Brasil.

Cerrando este pequeño recorrido, la última mitad del siglo XX ve nacer las primeras escuelas de arquitectura de paisaje en México, entre las cuales destaca el Posgrado en Diseño, Planificación y Conservación de Paisajes y Jardines que imparte la UAM Azcapotzalco.

LOS COMPROMISOS

De una manera u otra, el tema del paisaje está presente en los diferentes programas de las cinco unidades de la Universidad Autónoma Metropolitana. En la Unidad Xochimilco, las tres divisiones, Ciencias Sociales y Humanidades, Ciencias Biológicas y de la Salud y Ciencias y Artes para el Diseño han desarrollado investigaciones en torno al paisaje desde sus respectivos campos, si bien en este número de *Diseño en Síntesis* queremos privilegiar los aportes de nuestra División CyAD, donde confluyen también diversos enfoques del pensamiento y perspectivas en relación con el paisaje, mismas que provienen de planificadores, diseñadores gráficos, diseñadores industriales, arquitectos y especialistas en patrimonio; con lo cual reiteramos asimismo la invitación a acentuar en nuestras actividades académicas, de manera relevante y combativa, el tema del paisaje.

El concepto general de paisaje nos remite a la identificación de componentes de una imagen visible que podemos caracterizar con elementos naturales, con espacios urbanos, de

gran variedad de sitios y escalas, o inclusive como elemento de otros contextos como podrían ser la pintura, la literatura o el cine. Mas, como ya lo hemos dicho, el paisaje no es solamente una imagen, sino el medio para observar fenómenos que nos permiten obtener una visión. Por ello es necesario reiterar que no debe ser considerado como una realidad estacionaria, sino como una manifestación en constante movimiento y evolución, ya sea por agentes internos o externos, los cuales requieren también de herramientas de gestión ágiles y comprometidas.

Un recorrido con visión crítica a lo largo de los espacios que cotidianamente transitamos nos hace pensar que existe trabajo por hacer y que las propuestas deben surgir de un entorno de reflexión que se ha ido relegando. Lo cual quiere decir que hacen falta temas de investigación que deriven en argumentos sólidos que igualmente den paso a propuestas que permitan tener paisajes que coadyuven a establecer una relación más humana con el entorno en cualquier escala y espacio, y asimismo en el sentido más amplio de su conceptualización.

Por lo demás, el enfoque académico sin duda debe estar presente cuando se ejerce la crítica ante la acelerada pérdida de espacios naturales y culturales de belleza singular que se sacrifican en aras del crecimiento de las áreas urbanas o en los procesos de cambio. Sobre todo hoy que el perfil de las ciudades suele parecer una gráfica bidimensional de ingresos, en la que los rascacielos, en el eje vertical, marcan las cúspides de ganancias, mientras que el paisaje en el eje horizontal señala las pérdidas de paisaje en el tiempo. Lo anterior sin dejar de lado el sopesar otros valores, tales como reconocer que, por ejemplo, para los indios de la sierra tarahumara, las montañas, ríos y cada espacio de su territorio conllevan un elemento ideológico y de identidad que se vincula indisolublemente con su sociedad, donde todo ello conforma un paisaje que los identifica y que es importante preservar en concordancia con los cambios que ha significado la injerencia del turismo en la zona.

Ante este panorama, la gran riqueza de paisaje que posee nuestro continente, desde Alaska hasta la Patagonia, y que indudablemente le otorga el *espíritu del lugar* a cada paisaje local, requiere para su protección y uso de compromisos,

acuerdos y recursos que aun en la teoría deben contar con una fuerte dosis de voluntad política y racionalidad económica. Lamentablemente, las diferencias de climas, territorios y culturas hacen sumamente difícil de alcanzar un nivel equivalente de conservación y respeto por el paisaje a escala continental. La grandiosidad y características del paisaje natural y cultural y las complicaciones políticas y sociales por las que atraviesa no sólo nuestro continente, sino el mundo entero, hacen de la protección del paisaje una tarea incierta, aunque pensamos, todavía posible. Al respecto, son innumerables los argumentos y diversas las referencias que pudiéramos seguir exponiendo, pero dejamos hasta aquí nuestra intervención para dejar que los autores de los artículos y ensayos de este número expongan su punto de vista, mismo que deberá contrastarse igualmente con el de usted, apreciado lector.

El paisaje iberoamericano es presentado en este número con contribuciones cuyos autores nos transportan a territorios cuya configuración, escala, dimensiones, edades y usos parecieran no tener nada en común. Escritos bajo perspectivas culturales diferentes, tienen sin embargo un origen histórico compartido: la península ibérica. La musicalidad del lenguaje español y del portugués peninsular, cuya pronunciación, entonación y significado adquirieron una identidad diferente al adaptarse a la geografía americana. Resultará interesante tratar de encontrar en los diferentes artículos aquellos rasgos del paisaje que nos acercan o nos alejan como menciona Guillermo Nagano; o lo que pudo ser y no fue como nos propone Mari Carmen Naranjo; la competitividad del territorio puede verse en el estudio de Gabino Ponce de la Comunidad Valenciana y lo que acontece con las empresas que se disputan el turismo del paisaje agavero que Lucrecia Rubio nos descubre; Blanca Ramírez prefiere analizarlo de manera global en contraste con el microubanismo de Eduardo Basurto y Alicia Paz, que también puede verse reflejado en los jardines públicos brasileños que Aline de Figueirôa ha estudiado. Finalmente Roberto Padilla nos hace pensar que ante un paisaje amenazado por los desastres naturales y los conflictos humanos de todo tipo, sólo es posible escapar hacia la imagen virtual que nos ofrece el cine.